

X

Como se comprenderá, ambos partidos aprovecharon la noche.

Craso, que no había sido visto durante el día, se mostró activísimo una vez llegadas las tinieblas.

Para sostener su popularidad se había declarado en favor de Clodio. Fué á ver á los jueces de posición elevada y á los otros los hizo ir á su casa; esparció dinero á manos llenas, garantizó la futura conducta de los clodianos, y, en fin, renovó y hasta sobrepujó todo lo que había hecho en otro tiempo cuando la acusación del difunto.

El día siguiente, 3 de los idus de Abril, en que debía darse la sentencia, se cerraron todas las tabernas de Roma, tal como había recomendado Minucio la víspera.

Como se temían no solo injurias sino hasta vías

de hecho contra el tribunal, Pompeyo colocó tropas al rededor del Forum y en las gradas de los templos, de modo que por donde quiera las corazas, las espadas y las lanzas reflejaban los rayos del sol.

Todo, pues, estaba rodeado como de un cinturón de hierro y de fuego.

A la segunda hora del día, esto es, á las siete de la mañana, el tribunal ocupó sus asientos y el heraldo impuso silencio.

Se procedió á pasar lista á los jueces y luego el cuesitor impuso silencio de nuevo.

Establecido este, tanto como podia exigirse de una multitud tan considerable, los acusadores tomaron la palabra.

Eran Appio Clodio, su hermano menor Marco Antonio y Valerio Nepo.

Hablaron durante las dos horas que les concedía la ley.—Los tribunales romanos tenían la sábia precaucion, descuidada por nosotros, de limitar el tiempo que podían hablar los abogados.

Milon había tenido cuidado de hacer conducir á Ciceron en litera.

Ya hemos dicho que el gran orador no pecaba de valiente.

La víspera había sido insultado por la multitud, que le había llamado bandido y asesino, llegando hasta acusarle de haber aconsejado el asesinato.

—*Me latronem et sicarium abjecti homines et perditam describerunt*, dijo en su discurso en pro de Milon.

La precaucion de este fué, pues, bastante útil mientras solo fué cuestion de atravesar las calles, pero cuando la litera llegó al Forum, cuando Ciceron vió los soldados de Pompeyo que lo rodeaban, y al mismo Pompeyo en pié en medio de una guardia escogida, con su baston de mando en la mano y los lictores cerca de él sobre las gradas del templo de Saturno, el gran orador empezó á turbarse.

Los acusadores habian terminado, y le llegaba á él la vez de hablar.

Se levantó, se pasó la mano por la frente, lanzó profundos suspiros, paseó una mirada suplicante sobre los jueces y sobre la multitud, fijó los ojos en las manos, hizo sonar las coyunturas de los dedos, y en fin, pareciendo poseido de una emocion violenta, empezó su exordio con voz temblorosa.

Mas apenas pronunció las primeras palabras, los clodianos lo interrumpieron con vociferaciones.

Entonces Pompeyo, que habia jurado ser imparcial hasta el fin, mandó echar del Forum los perturbadores á planazos; y como la espulsion no se verificase sin injurias y sin luchas, varios salieron heridos y dos quedaron muertos. Aquello restableció un poco la calma.

Ciceron prosiguió su discurso. Pero el golpe esta-

ba ya dado: á pesar de los aplausos de los amigos y de la familia de Milon, á pesar de las exclamaciones de: "Bien! muy bien! escelente! perfecto! magnífico!" que resonaban en sus oidos, se mostró débil, lánguido, helado, indigno, en fin, de sí mismo.

Despues de Ciceron tocó el turno á los elogiadores.

Estos eran los parientes, los amigos, los protectores y hasta los clientes del acusado: cada uno iba á su vez á pronunciar una arenga laudatoria, á citar algun hermoso rasgo suyo, á hacer ver su generosidad, su valor, su moralidad.

El abogado tenia dos horas para hablar y los elogiadores una; total tres.

Así que el último elogiador hubo pronunciado la fórmula usual: *Dixi*, y así que un heraldo hubo repetido en alta voz: *Dixerunt*, se pasó á la recusacion.

La ley ordinaria establecia que las recusaciones se verificasen antes de la defensa de la audiencia de los testigos; pero la ley Pompeya, bajo cuyo imperio se hallaba constituido el tribunal, admitia las recusaciones despues de aquellas.

Era una ventaja, así para los acusados como para los acusadores. Conocian á los jueces y habian podido observar en sus semblantes las diferentes impresiones que habian recibido durante el debate.

El acusador y el acusado recusaron cada uno cin-

co senadores, cinco caballeros y cinco tribunos del tesoro: total, treinta jueces; de modo que su número quedó reducido á cincuenta y uno.

Aquella recusacion, como se comprenderá, no se efectuó sin gritos y clamores.

Despues se distribuyeron al tribunal pequeñas tablillas de cuatro dedos de ancho y cubiertas de cera, á fin de que cada juez pudiera inscribir su voto en la suya.

Los que estaban por la absolucion ponian una A, *absolvo*; los que por la condena una C, *condemno*, y los que deseaban permanecer neutrales una N y una L, *non liquet*; *el asunto no está claro*.

Lo último indicaba que ni la inocencia ni la culpabilidad parecian bastante probadas para que el juez se pronunciase.

Los jueces echaban las tablillas en la urna, levantando la toga á fin de descubrir el brazo, llevando la parte escrita vuelta hácia el interior de la mano.

Un solo juez votó llevando la parte escrita vuelta hácia el público y diciendo en alta voz:

—*Absolvo.*

Era Caton

Durante aquel tiempo, los amigos y los elogiadores de Clodio habian invadido el hemicielo de los jueces echándose á sus piés y besando sus rodillas cuando escribian el voto.

En aquel momento cayó un gran chubasco, y algunos de aquellos, en prueba de su profunda humildad, cogieron fango del suelo y se lo echaron á la cara, lo cual conmovió mucho á los jueces.

Esto no lo decimos nosotros; lo dice Valerio Máximo.

Os sum cæno replevit, quod conspectum totam questionem á severitate ad clementiam et mansuetudinem transtulit.

Al fin, llegó el momento del escrutinio, el cual produjo trece votos por la absolucion y treinta y ocho por la condena.

Entonces el cuesitor Domicio se levantó con aire triste y solemne, se quitó su toga, en señal de duelo, y despues, en medio del mas profundo silencio:

—Parece, dijo, que Milon merece ser desterrado y sus bienes vendidos; acordamos, por lo tanto entredicharle el agua y el fuego.

Al oír aquella sentencia, resonaron en el Forum estrepitosos gritos y palmadas.

Eran los clodianos, que celebraban su triunfo.

Entónces el cuesitor levantó la sesion diciendo á sus asesores:

—Podeis retiraros.

Craso se quedó uno de los últimos y pidió que le dejaran ver las tablillas. Debian esponerse al público, á fin de que todos los ciudadanos pudiesen ase-

gurarse de la verdad del escrutinio; además, no estando firmadas, no comprometían á nadie.

Pero Craso tenia su idea; habia distribuido tablas bubiertas con cera encarnada á los jueces que habia comprado, y como la cera de las demas era de color natural, pudo conocer quiénes le habian cumplido y quiénes le habian engañado.

Por lo que hace á Milon, aquella misma noche salió de Roma y partió para Marsella.

Allí recibió el discurso de Ciceron, perfectamente copiado por sus secretarios.

Lo leyó mientras se hallaba á la mesa comiendo salmonetes.

Cuando hubo terminado su lectura, lanzó un suspiro y contestó sencillamente al ilustre orador:

“Si Ciceron hubiese hablado como ha escrito, no comeria ahora Annio Milon salmonetes en Marsella.”

XI

Ya hemos dicho que los millones de Gabinio impedían dormir á Craso.

Gabinio, en efecto, habia regresado á Roma despues de haber saqueado la Siria y el Egipto; bien hubiera querido hacer lo mismo con Ctesifon y Seleucia, pero los caballeros, furiosos de que todo lo cogiese para él sin darles nada á ellos, escribieron á Ciceron.

Ciceron, siempre pronto á acusar, acusó á Gabinio.

Pero aquella vez se apresuró un poco.

Gabinio era hechura de Pompeyo y probablemente no habia robado para sí solo.

Pompeyo fué á ver á Ciceron, le observó que se habia engañado, que Gabinio era el hombre mas hon-

rado del mundo y que en vez de acusarle debía defenderlo y abogar por él.

Ciceron vió que habia dado un paso en falso y se apresuró á volverse atras.

Pero ni siquiera trató de hacerse creer á sí mismo que habia hecho una cosa honrosa, ni menos aún de hacerlo creer á sus amigos.

Véanse sus cartas; se queja del oficio que desempeña y á veces trata de reirse de él, esperando acostumbrarse.

—Bah! dice, trataré de conseguirlo; el estómago se va endureciendo [*stomachus conaluit.*]

Ctesifon y Seleucia, esa magnífica parte del mundo que se habia librado de Gabinio, era, pues, lo que codiciaba Craso; solo que el deseo le impedia ver el peligro.

No sabia mas que de oidas y por lo poco que Pompeyo habia visto lo que tenia de terrible aquella caballería escita, que, al igual de los mamelucos modernos, se reclutaba entre esclavos, que acampaba en la Alta Asia en el imperio de los Seleucidas y que habia reunido á él la Mesopotamia, Babilonia, la Media, la Atropatena, la Susiana, la Pérsida, la Hireania y qué sé yo qué mas.

Aquella monarquía, esencialmente feudal, habia sido fundada por Arsaces, doscientos cincuenta y

cinco años antes de Jesucristo, y tenia por rey en la época de que nos ocupamos, á Orodes I.

Pero no se ignoraba que los partos eran adversarios terribles; que hombres y caballos iban cubiertos de hierro; que sus armas eran flechas temibles hasta no mas, mortíferas en el ataque y mas mortíferas aun en la fuga, pues las lanzaban diestramente al huir, por encima del hombro izquierdo.

En el momento de la partida, Craso escribió á César pidiéndole su hijo, que servia á sus órdenes.

César contestó á Craso, que no solo le enviaria á su hijo, sino que lo haria acompañar por mil guerreros escogidos y un cuerpo de galos que le garantizaba como los primeros soldados del mundo despues de los romanos, y á veces antes que los romanos mismos.

Tal era César; empeñado en una guerra terrible, mandaba cinco ó seis millones cada año á Roma para sostener su popularidad, y prestaba dos legiones á Pompeyo y tres mil hombres á Craso.

Cuando Craso partió hubo un motin.

Caton habia desaprobado públicamente la guerra pártica.

—¿A qué vá Roma, decia, á pelear con hombres que nada le han hecho y con los cuales existen tratados?

Ateyo, tribuno del pueblo, era de la opinion de

Catón, y había declarado que no dejaría partir á Craso.

Este, al ver la agitación de Roma, tuvo miedo y fué á ver y suplicar á Pompeyo que lo acompañase hasta fuera de las puertas, cubriéndolo con su popularidad.

Quizá Pompeyo, que de todos los generales romanos era, al par de Lúculo, el que mas había tenido que ver con los partos, hubiera debido disuadir á Craso de su proyecto; pero veía á César detenido en las Galias por cinco años mas y á Craso en la Mesopotamia por un espacio de tiempo que solo los dioses podían fijar. El era el único de los tres tribunos que debía permanecer en Roma.

Tenia, pues, interés en que Craso se alejase de allí como se había alejado César.

Una vez solo, esperaba tranquilamente la monarquía, ó cuando menos la dictadura.

Fué, pues, á buscar á Craso á su casa.

Las calles que daban á la puerta Capena, que era por donde aquel debía salir, estaban atestadas de gente.

Muchos de los que allí se hallaban se disponían á impedirle el paso y apostrofarlo.

Pero Pompeyo marchaba delante de él.

Avanzó hácia los descontentos, les habló con su

grave semblante y su dulce voz, les exhortó á la calma y les suplicó que se retirasen.

Viendo á aquel hombre, á quien rodeaba una gloria tan grande, y á quien acababa de herir una inmensa desgracia, los mas irritados se hicieron á un lado y los mas malévolos callaron.

Así, pues, quedó abierto un paso ante él y Craso.

Pero en medio de aquel paso estaba en pié el tribuno Ateyo.

Ateyo y Favonio eran en estoicismo—digamos mas bien en cinismo, si no en genio—los rivales de Catón; se les llamaba sus monos.

Ateyo, repetimos, estaba en medio del camino.

Dió dos pasos al encuentro de Craso y le intimó que suspendiese su marcha, protestando contra la guerra.

Después, viendo que Craso, animado por Pompeyo, seguía caminando, dió orden á un ugier de detenerlo.

El ugier puso una mano sobre el hombro de Craso, deteniéndolo en nombre del pueblo.

Pero acudieron los otros tribunos y desaprobando aquella violencia de Ateyo permitieron á Craso continuar su camino.

Ateyo entonces corrió á la puerta de la ciudad, colocó allí una trípode con carbones encendidos, es-

parció sobre ella perfumes y libaciones y condenó á Craso á los dioses infernales.

Aquel acontecimiento produjo en Roma profunda impresion.

Se decia que jamas hombre alguno condenado así se habia librado de la muerte en los tres años que habian seguido al sacrificio.

Y casi siempre arrastraba consigo á la tumba al impudente provocador que habia llamado en su auxilio á las terribles divinidades del infierno.

Ademas, Ateyo estaba de tal modo exasperado, que habia comprendido en el anatema no solo á Craso, sino á su propia persona, al ejército, á la misma Roma—á Roma, la ciudad sagrada!

Craso pasó á través del humo de los perfumes infernales y de las imprecaciones del tribuno y llegó á Brindis.

El mar estaba agitado todavía por los vientos de invierno; pero tenia tal prisa de correr á la muerte, que no quiso esperar.

Se hubiera dicho que lo impelia la mano de la fatalidad.

Diose á la vela, pero en la travesía se perdieron varios buques.

Luego desembarcó en Galacia y continuó su camino por tierra.

Al cabo de dos ó tres dias de marcha encontró al rey Deyotaro, que hacia edificar una nueva ciudad. Mas tarde veremos á Ciceron defender á ese rey.

Deyotaro era ya viejo.

Craso se adelantó hácia él y le dijo, riéndose, aludiendo á su edad:

—¿Cómo es, oh rey! que te pones á trabajar á la duodécima hora del dia?

El rey gálata miró á Craso, que tenia sesenta años, y que, estando enteramente calvo parecia tener setenta.

—Creo á mi vez, poderoso general, le contestó, que tú no te has levantado muy de mañana para hacer la guerra á los partos.

Craso prosiguió su viaje, no queriendo hablar mas con un bárbaro que daba respuestas tan prontas.

Llegó al Eufrates, echó sobre él un puente, sin dificultad, y pasó al otro lado.

Despues ocupó varias ciudades de la Mesopotamia, que se entregaron voluntariamente.

Una de ellas, sin embargo, mandada por cierto Apolonio, se defendió y le mató cien hombres.

Era el primer obstáculo que encontraba en su camino.

Craso se enfureció, marchó con todo su ejército contra aquella bicoca, la tomó por asalto, la saqueó, vendió sus habitantes y se hizo proclamar imperator.

Después, habiendo dejado en las diferentes ciudades que había conquistado seis ó siete mil hombres, de los cuales mil eran de caballería, volvió atrás á tomar cuarteles de invierno en Siria, para esperar allí á su hijo, el cual, como se recordará, llegaba de las Galias con un refuerzo enviado por César.

Esa fué la primera cosa que los Jominis de la época echaron en cara á Craso; según ellos, hubiera debido seguir marchando adelante y ocupar á Babilonia y Selencia, ciudades hostiles á los partos, en lugar de dar tiempo al enemigo para hacer sus preparativos de defensa efectuando aquella retirada.

Pero Craso tenía sus proyectos: lo que pensaba hacer no era una hermosa campaña sino un buen negocio.

XII

El negocio fué bueno, en efecto, al comenzar, y un banquero de nuestros días no hubiera hecho mejor sus cálculos.

Craso se estableció en Siria, y allí, en lugar de ejercitar sus soldados en el manejo de las armas ó en la gimnasia, estableció una casa de comercio en que se puso á computar las rentas de las ciudades y á manejar y contar, balanza en mano, los tesoros de la diosa de Hierópolis de Caria. Esa diosa es desconocida hoy, y ya era poco conocida en aquella época, pues unos dicen que era una Vénus, otros que una Juno, que en nada se parece á aquella, y otros, en fin, la diosa Natura, en la cual hallamos cierta conexión con la diosa Ma, ó sea con la Buena Diosa, cuya historia hemos contado á propósito de los amores de Clodio con la mujer de César.

Como quiera que fuese, era una diosa muy rica, tanto que Craso se hizo mantener por ella durante todo un invierno.

Al mismo tiempo escribía á los pueblos y á las provincias pidiéndoles un contingente de soldados.

Después, cuando los había asustado con la idea de una contribucion de sangre, oía las quejas de los habitantes, se dejaba enternecer y cambiaba la contribucion de hombres en otra de dinero.

Todo aquello enriquecía á Craso, pero estendía á la Siria y á las provincias inmediatas la mala reputacion que tenia en Roma.

Entonces lo alcanzó su hijo.

El jóven llegaba orgulloso con el premio de valor que había conquistado en las Galias y el cual le había sido concedido por César, que era un verdadero imperátor. Además, llevaba consigo los tres mil hombres prometidos.

La cohorte gala, sobre todo, era magnífica.

Parece que Craso había hecho un voto á la diosa de Hierópolis, pues así que llegó su hijo, el padre lo llevó á visitar el templo.

Pero á la salida esperaba á ambos un mal presagio.

Al pasar el dintel de la puerta el jóven resbaló y cayó, y el anciano, que lo seguía, resbaló también y cayó sobre él.

El mismo accidente ocurrió á César al pisar las playas africanas; pero César salió del paso pronunciando las hermosas palabras que conocen nuestros lectores y que sin duda desarmaron á los dioses: "Ah! Africa, ya eres mia!"

Mientras Craso se ocupaba en sacar sus tropas de los cuarteles de invierno, llegaron embajadores del arsace de los partos.

Desde la fundacion de la monarquía por Arsaces I se daba el nombre de *Arsaces* á sus reyes, lo cual confunde bastante á los historiadores romanos, que toman por nombres de reyes el título general con que se les designaba.

Así traducen también el título de *brenn*, dado al gefe de los galos, por el nombre de Breno, é *Irmensoul*, la columna de Irmin, ó de Hermmann, por *Irmisul*.

El arsace que reinaba entonces se llamaba Orodes I.

Los embajadores llevaban el encargo de dirigir á Craso estas pocas palabras:

—Si tu ejército ha sido enviado por los romanos, la guerra se hará sin tregua, terrible, implacable! Si en vez de eso viene, como se dice, contra su voluntad, y solo por satisfacer tu avaricia, el rey mostrará moderacion; tendrá lástima de Craso y dejará sa-

lir libremente á sus soldados de las ciudades en que se hallan, no de guarnicion, sino prisioneros.

Craso, que se ereia vencedor y que veia que le hablaban como á vencido, se sorprendió estraordinariamente y se echó á reir.

—Está bien, contestó; decid á vuestro rey que le haré conocer mi respuesta en Seleucia.

—¡En Seleucia! replicó el mas anciano de los embajadores, que se llamaba Vagises.

Luego, mostrando la palma de la mano:

—Antes que llegues allí, añadió, habrá nacido aquí pelo.

Y sin mas réplica de una ni otra parte, los embajadores se alejaron, yendo á decir al rey Orodes que era preciso prepararse para la guerra.

Apenas estarian los embajadores á tres jornadas del campamento de Craso cuando llegaron algunos romanos escapados de los puntos en que estaban de guarnicion, y los cuales por milagro habian podido ir hasta donde estaba su general.

Las noticias que llevaban estaban completamente en armonía con las amenazas que resonaban aún en los oidos del nuevo imperator.

Habian visto con sus propios ojos al enemigo con quien tenian que habérselas, y el modo con que habian atacado las ciudades en que ellos se hallaban.

Aquellos enemigos no eran hombres, sino demonios.

Dos frases resumian su pensamiento por completo: “Es imposible librarse de ellos cuando persiguen. —No hay modo de alcanzarlos cuando huyen.”

Las armas de aquellos ginetes, que iban cubiertos de hierro, lo mismo que sus caballos, rompian todos los obstáculos y no cedian á choque alguno.

Tales noticias eran siniestras, sobre todo dadas por hombres que decian: “Lo hemos visto.”

Hasta entonces, repetimos, no se habia hecho mas que entrever á los partos; se habia creido que eran iguales á los armenios y á los capadocios, que huian cuando percibian los soldados de Lúculo y á los cuales este habia hecho correr hasta cansarse.

Se esperaba, pues, una campaña fatigosa; pero no se temia un peligro.

Y hé ahí que toda la falsa idea que se habia formado de los enemigos se desvanecia como el humo.

Craso reunió su consejo.

Muchos oficiales de los mas caracterizados del ejército pensaban que era preciso detenerse allí; á su frente estaba el cuestor Casio.

Los adivinos eran del mismo parecer; decian que las señales de las víctimas eran contrarias y funestas.

Pero Craso no quiso oir nada, ó, mas bien, solo

escuchó á algunos imprudentes y aduladores que le decían que siguiese adelante.

Por aquel entonces, llegó al campamento Artabazo, rey de los armenios.

Llevaba consigo seis mil ginetes, pero aseguraba que aquello no era mas que su guardia y su escolta; prometía otros diez mil y treinta mil infantes, que, segun decia, vivirían sobre el país.

Únicamente aconsejaba á Craso que cambiase su itinerario é invadiese el reino de Orodes por la Armenia, donde hallaría alimentos en abundancia para los hombres y los caballos, y marcharía en seguridad, cubierto por las montañas, por un terreno donde no podría maniobrar la caballería, que era la principal fuerza de los partos.

Pero Craso acogió friamente aquel buen consejo, y declaró que continuaría su ruta por la Mesopotamia, en cuyas ciudades había puesto guarniciones romanas.

Artabazo se despidió y se retiró.

Craso se privaba de ese modo de treinta ó cuarenta mil hombres. ¡Y qué hombres! gente del país que conocía las localidades y el modo de vivir y hacer la guerra en ellas.

Cuando llegó á Zeugma, sobre el Eufrates, ciudad cuyo nombre provenia de un puente que Alejandro había hecho construir allí, estalló una furiosa tem-

pestad; truenos espantosos resonaban de nube en nube por encima de las cabezas de los soldados, mientras que relámpagos sin cesar repetidos les abrassaban la cara.

Cayó una tromba sobre las balsas haciéndoles chocar unas contra otras, y destrozó bastantes.

Dos veces cayó el rayo en el sitio en que Craso iba á acampar.

Uno de sus caballos, magníficamente emparazonado, se asustó de tal modo, que arrastrando al escudero que lo montaba se precipitó con él al rio, donde desapareció en un remolino.

Se había hecho una parada para dar tiempo á la tempestad de que se calmase.

Una vez calmada, Craso mandó seguir avanzando.

Se levantaron las águilas que se habían fijado en tierra; pero la primera, la que servía en cierto modo de guía á las demás, se volvió por sí sola, como dando la señal de retirada.

Craso reiteró la orden de seguir adelante y pasar el puente; luego cuando lo hubo pasado, hizo distribuir víveres á los soldados.

Pero los tales víveres eran lentejas y sal, objetos que los romanos miraban como símbolo de luto, haciéndolos servir al efecto en los funerales. Entonces, notando cierta turbacion entre los soldados, Craso los reunió para arengarlos, y en su arenga les dijo:

—Es preciso destruir el puente, á fin de que ninguno de nosotros lo vuelva á pasar.

Aquellas palabras, que no se sabe cómo se le escaparon, causaron al ejército profundo terror.

Hubiera podido muy bien calmarlo, prosiguiendo la arenga y esplicando su idea; pero creyó que era vergonzoso para un general el dar esplicaciones á sus soldados y pasó inmediatamente al sacrificio.

En fin, y como si los presagios hubieran querido advertirle hasta lo último, cual si la Fortuna, asustada, quisiera suplicarle ella misma que renunciase á su proyecto, en el momento en que el adivino le presentaba las entrañas, estas se le deslizaron de las manos y cayeron al suelo.

—Hé ahí lo que es la vejez! dijo Craso; pero tranquilizaos, soldados, á vosotros no se os caerán las armas de las manos.—Una vez terminado el sacrificio, el ejército, triste y taciturno, prosiguió la marcha á lo largo del rio. No hubo un solo romano á quien aquella serie de presagios no hubiera causado profunda impresion. Solo los galos continuaban riendo y cantando, y como los romanos les dijese:

—¿Vosotros no temeis nada?

—Sí, les contestaban, tememos que el cielo se caiga y nos coja debajo.

Era, en efecto, el único temor de aquellos hombres.

XIII

El ejército seguía la orilla del rio.

Craso tenía siete legiones de infantería, algo menos de cuatro mil caballos y casi otros tantos vélites.

Estos eran gladiadores acostumbrados á combatir con los leones.

Pero iban á tener que habérselas con un enemigo mas peligroso aún que aquellos animales: los partos.

Durante aquella marcha volvieron los exploradores que habían ido de descubierta.

Anunciaban que la llanura estaba desnuda y desierta en todo lo que podía alcanzar la vista, pero que la tierra estaba llena de huellas de caballos que habían vuelto para atrás.

Aquella noticia confirmaba las esperanzas de Craso, que decía que los partos no osarian nunca esperar á los romanos.